

Autor: Jordi Pujol

Fossar de las Moreres. Barcelona, 10 de septiembre de 2005

Compañeros y compañeras,

Hacia muchos años que no asistía a este acto del Fossar. Este año, a primeros de verano, muchos compañeros me pidieron que asistiera y que os hablara. Ellos saben que me resistí. Pero finalmente acepté haciendo, pero, una advertencia: "No os haré un discurso de los que en este acto se estilan. Y quizás no gustará".

Sabéis que estoy muy retirado de la política activa. Que hoy el liderazgo de CIU lo ejercen otros compañeros. Y lo ejercen bien. Que por lo tanto no participo en ruedas de prensa ni en actos propiamente políticos. Y no lo tengo que hacer. Pero en actos que nacen de nuestra base y que más que políticos son de reafirmación moral de nuestra gente y del país en general, sí que participo. Y este es uno. Tal y como yo lo veo, y hoy más que nunca dada la situación actual de nuestro país, este es un acto de afirmación y de compromiso patriótico de los que habéis venido.

He leído estos días, en tono crítico, "Pujol no asistirá al acto institucional del Parque de la Ciutadella, y en cambio irá al Fossar, dónde se reúnen no los patriotas, sino los radicales".

Si algo he procurado fortalecer, dignificar y situar en el centro de la estructura institucional de Catalunya durante mis años de Presidente ha sido la Generalitat que -recordémoslo- se compone de Parlamento, Gobierno y Presidente. Fortalecerla ante los intentos hechos desde fuera de Catalunya, pero también desde dentro, de rebajarla, de diluirla, de no hacer del corazón la memoria y el sentimiento de Catalunya, y la herramienta, muy principal, de la construcción de nuestro futuro colectivo. Ahora mismo hay gente en Catalunya que no tiene de la Generalitat este concepto de primerísima Institución que nosotros tenemos.

Imaginaos, pues, si no me sabe mal haber tenido que tomar esta decisión personal. Personal y que en nada obliga a CIU. Y espero que de ahora adelante las cosas vayan lo suficiente más finas para no tener que volver a tomar decisiones como esta. Pero no es el caso insistir, sino de hablar, de lo que aquí, en el Fossar, hemos venido a hacer.

Nos hemos reunido, contrariamente a lo que algunos dicen, un grupo de patriotas. A hacer un discurso radical. Sí, a hacer un discurso muy radical. No en el sentido de los que viven de frases hechas. Pero profundamente radical, sí. Profundamente radical porque no hay nada tan radical como la ratificación de un compromiso serio, de un compromiso que sea una opción de vida. Para muchos de nosotros Catalunya ha sido no sólo una actividad política, sino

sobre todo una opción de vida, y aún lo es. Hace muchos años que lo es. Para otros lo empieza a ser ahora. Para algunos puede que lo empiece a ser esta noche.

Es esto la radicalidad de la que os quiero hablar. No de radicalidad de gente que hace discursos llenos de exigencia, –de urgencia- y de excitación, porque en la excitación agotan su fuerza. Y que a la hora de la verdad no les queda fuerza para mantener su grado de exigencia. Ni les queda la capacidad de continuar la larga marcha, tanto tiempo como haga falta.

Y esto es lo que ahora más necesitamos: gente capaz de perseverar, de picar el hierro frío. Gente por la cual Catalunya sea la prioridad. Que la ame. Que la ame más que a la propia conveniencia, personal o de partido. Que como a veces hemos dicho, ame el polvo de los caminos de Catalunya. Y que crea. Que tenga confianza. Que no dude. Que tenga fe.

Y que como decía se comprometa.

Es de esto, de compromiso, de lo que he venido a hablaros. De compromiso patriótico. El Fossar es un buen lugar.

Un compromiso no es un contrato. Tú me das esto, yo te doy aquello. Un compromiso es un acto gratuito, o que en el mejor de los casos comporta recibir mucho menos de lo que das.

Porque lo que recibes de menos te es compensado por la joya del servicio que has hecho.

Ahora, que Catalunya vaya arriba, que supere todo el ajetreo y la confusión y el desconcierto y quizás el desaliento que podría llegar a haber, depende de la política. Sí. De las decisiones políticas. Pero sobre todo de a energía moral que seamos capaces de tener. Y del grueso de compromiso que el país sea capaz de generar.

Y todo esto ahora es más necesario que nunca. Necesario por el Estatuto, debéis pensar. Sí, también. Pero ¿para qué Estatuto? Necesario no por el Estatuto en genérico ni por un nuevo Estatuto, también en genérico. Sino por un buen Estatuto. Lo recalco, por un buen Estatuto. Y ojalá que todo acabe bien. Y nos tenemos que esforzar. Nos tenemos de esforzar hasta el último momento. Todos. Porque siempre puede haber una rendija. Que tenemos que seguir buscando. Pero más allá del Estatuto, hoy aún incierto, lo que es del todo seguro es que Catalunya se encuentra en un cruce. Que ojalá podamos afrontar con un Estatuto realmente bueno. Bueno en reconocimiento, bueno en competencias, bueno en financiación, bueno en garantías. Pero en todo caso este reto lo tenemos que afrontar. Con Estatuto o sin.

Y ¿cuál es este cruce? Un cruce con muchos retos. El de la globalización, el de una competitividad que cada vez tiene que ser más alta, el de las nuevas tecnologías. El reto de la crisis europea, el de una evolución de toda España

que nos presiona políticamente, culturalmente, económicamente. El de una evolución inquietante del mundo audiovisual, con lo que esto significa para la lengua, la cultura y el concepto de país. El reto de la inmigración, hacia la cual tenemos que tener la misma actitud de siempre de integración y de participación en un proyecto común, y al mismo tiempo e exigencia de protección de nuestra identidad. El reto, general en Europa, de una crisis de valores. Muchas cosas juntas.

Debemos acoger este gran reto con alegría. Asumimos, la gente de CIU, con alegría el hecho que en el enfrentamiento con este reto tengamos más responsabilidad que nadie. “Qué gran honor, que decía Espriu. Nuestra mochila, nuestra carga es más ardua que la de los otros. Porque para nosotros Catalunya es la prioridad. Catalunya y todos sus ciudadanos”.

No podemos negociar con ella. No la podemos usar como moneda de cambio. Ni aquí ni en Madrid ni en ninguna parte. Por eso es por lo que ahora, ante este cruce que os decía –que va del Estatuto a la competitividad y de la identidad nacional a la cohesión social-, nosotros -y todos aquellos en quienes esté vivo el sentimiento de Patria-, tenemos que ratificar y reforzar nuestro compromiso.

El compromiso puede traer muy lejos. Os lo he dicho muchas veces “El compromiso comporta riesgo”. Comporta joya, comporta satisfacción íntima, comporta autoestima, comporta realización personal. Pero también puede comportar dolor, tensión, fracaso. Incomprensión. Calumnia. Puede comportar prisión. Y a quienes son enterrados aquí, en el Fossar, les comportó muerte. El compromiso por la democracia, por la justicia, por la Patria, puede comportar todo esto. Este Fossar es testigo.

Hablamos de compromiso no circunstancial, no mientras las cosas vayan bien, no mientras encontramos lo que puede tener de aventura excitante, sino por todo el tiempo que haga falta, a las verdes y a las maduras, cuando tocan a gloria y cuando toca comer hierba, cuando la fortaleza y no la exaltación es puesta a prueba. Y el lugar es apropiado, repito, porque aquí reposa e gente que murió por la Patria.

No tengáis miedo de lo que os he dicho del cruce en el que se encuentra Catalunya. Pese a toda la letanía que os he dicho de problemas, retos, agresiones. Pese a un mundo cambiante, pese a la incomprensión y a menudo la hostilidad que deriva de un concepto de España que no admite las consecuencias lógicas de nuestra personalidad propia como país, pese a nuestras propias fallas, de todos juntos, a pesar de todo esto, pensad que somos un pueblo del cual se han cantado muchos veces las absueltas, pero que siempre hemos superado estas pruebas. Supimos confrontar el espíritu de modernidad y la moral del esfuerzo al clima decadente que nos amenazaba hace 300 años. Supimos crear riqueza y transformar el país, y superar las guerras internas y evitar el peligro, propio de la revolución industrial, de la ruptura social. Y superar una atmósfera ramplona con el Modernismo y el Noucentismo. Y recuperar nuestra lengua, y nuestra memoria y nuestra cultura

y nuestra autoestima. Y nuestra ambición. Y la sensación de que podíamos aportar algo de positivo no sólo a la misma Catalunya, sino al Estado y en Europa. Pasamos de la postración a la convicción que podíamos hacer un país de alto nivel cívico y cultural. Y un país adelantado. Y justo.

Y cuando todo esto se va a pique, en parte –se tiene que decir- también por fallas nuestras, de los catalanes, y volvimos a ser un país derrotado y desarmado y otro golpe por los caminos de casa nuestra, y por las plazas y las calles se sentían gemidos y lamentos, el país se volvió a poner y se rehizo. Y se rehizo tanto que ha sido motor de progreso económico y social, impulsor de democracia, vanguardia de europeísmo, impulsor de la reforma del Estado. Pero también ha sido restaurador de nuestras Instituciones, defensor eficaz de nuestra identidad, cohesionador de nuestra sociedad, garantía de convivencia.

Todo esto hemos sido. Lo hemos sido incluso tanto de Catalunya adentro como también de Catalunya hacia fuera, que se puede decir bien alto y bien fuerte que ahora, y haciendo balance de los últimos 30 años, España es deudora de Catalunya.

Lo es económicamente, lo es políticamente, lo es con respecto a la lealtad en el trato. Es decir, lo es con respecto a la solidaridad en el campo económico, y lo es a lo que se refiere al respeto profundo del que cada uno es, es decir, de la solidaridad en el campo del reconocimiento y de la dignidad.

Y lo es también con respecto al nuestro autogobierno. De nuestro Estatuto, por lo tanto. Todo esto ahora ya no se puede resolver con golpecitos en la espalda o con promesas engañosas menos aún, con redactados ambiguos que después se vuelven en contra. Tenemos la experiencia. Estamos escaldados.

Y llegado a este punto vuelvo a deciros, tened confianza. En el país. En vosotros mismos. También en CIU. Porque ahora mismo lo que nos puede hacer daño de verdad es nuestra timidez, nuestros complejos. Y evidentemente nuestros errores. Los errores y los complejos de todos. Y los planteamientos de entrada poco sinceros. Y ahora todo esto pesa. Han comprometido nuestro prestigio, nuestra imagen de puertas hacia fuera, hemos abierto heridas de cara adentro, han malogrado nuestra confianza y autoestima. Esto es lo que nos hace daño. Lo que nos quita fuerza, autoridad moral, ilusión en Catalunya. Esto, sobre todo esto.

Ya sé que hay cosas que no van bien. Y no me costaría decir unas cuántas, y hacerlo con tono crítico si quisiera entrar en el debate político. Y desahogarme. Pero esto no saca –repito y subrayo, todo esto no saca- que Catalunya sigue siendo un país que crece, mucho más que el conjunto de Europa. Y que tiene cosas a decir al Mundo, ahora que la globalización da más relieve y más carácter de ejemplaridad a los países y a las culturas pequeñas, pero que aguantan no por ningún proteccionismo, sino por su calidad y su fuerza interior. Y que aguanta, consciente de la magnitud del problema pero decidido a repetir el milagro de incorporar tanta y tanta gente nueva, de facilitar su promoción,

pero también de mantener la propia identidad, de ensancharla, esta identidad, con más gente. De asegurar la cohesión de nuestra sociedad. Y que sabe combinar la resistencia, la identidad de resistencia, la voluntad de ser lo que somos con la identidad de futuro, la identidad que nace de un proyecto común. Y que lo ha hecho pacíficamente, con aquello que dije hace unos años en el Parlamento, la fuerza serena y tranquila de Catalunya. La fuerza serena. La fuerza constructiva de Catalunya.

Todo esto es un gran tesoro. Un tesoro poco corriente. Sino fuera un gran tesoro, y tal y como han ido las cosas, y la Historia, Catalunya no existiría. Y existe.

Pero ya sabéis lo que pasa con los tesoros. Sabéis aquello de aquel padre que dice a los hijos “tenemos un gran tesoro escondido en nuestro campo. Buscadlo.” Y los hijos lo buscan y lo buscan, y lo revuelven todo. Lo labran todo un golpe y dos y tres. Un golpe y otro. Tanto si hacía frío como si hacía calor. Tanto si llovía como si la tierra era seca y reseca. Y no lo encuentran. Y en el extremo inferior renuncian, y a la postre, puesto que los campos están labrados, deciden plantar trigo, un golpe y dos y tres. Y esto hace que la cosecha de aquel año sea la mejor que nunca habían tenido. De mucho. Y entonces entienden qué era el tesoro. Era el fruto de un buen campo, de una buena tierra, sí, pero muy trabajada, muy sudada, con un esfuerzo extraordinario. De un trabajo y de un esfuerzo extraordinarios.

Queda suficientemente claro lo que quiero decir.

En el Fossar reposan catalanes que murieron defendiendo Barcelona y defendiendo Catalunya. Defendiendo las Constituciones del Principado de Catalunya, es decir, defendiendo nuestro derecho a ser un pueblo libre. Defendiendo nuestros derechos históricos. Y nos reunimos aquí para conservar la memoria y la dignidad. Y sobre todo para renovar nuestro compromiso. Aquel compromiso que no es un contrato mercantil, sino que tiene que ser una opción siempre presente a nuestra vida.

Y ahora volvemos a los que labraron el campo un golpe y dos y tres. Los movía la voluntad de encontrar el tesoro. Un tesoro de libertad, de respeto, de reconocimiento, de autogobierno. Los movía esta voluntad. Sin esto no se va a ninguna parte. Pero sin la herramienta adecuada, tampoco. No lo habrían podido hacer sin tractor. No lo habrían podido hacer arañando la tierra con las manos.

Nuestra herramienta, nuestro tractor –o el ordenador, o el camión, o el microscopio, o lo que fuera si el ejemplo fuera otro-, nuestra herramienta es CIU. Que ha sido y es y tiene que seguir siendo la gran fuerza nacionalista de Catalunya. La gran fuerza del nacionalismo integrador, constructivo, pacífico y abierto al Mundo. CIU tiene que tener doctrina, tiene que tener competencia, ha de organizarse bien, tiene que tener herramientas de toda clase, pero además tiene que tener gente convencida, gente sacrificada si hace falta, gente

constante. Y estos sueldo vosotros.

Gente de energía, de fe y de devoción. Devoción en el sentido que empleaba Kennedy, "devotion", que tanto puede querer decir devoción como dedicación como lealtad. No hagáis caso de la sonrisa socarrona de quienes lo encuentran ramplón, que lo encuentran kumbaiá. Con estas virtudes, decía Kennedy, daremos esplendor a nuestro país. Con estas virtudes, decía, haremos un país del cual nos podremos sentir orgullosos. Esto decía, y esto tenemos que decir y de hacer nosotros.

Y todo esto... Y todo esto, decía él mismo, "con una buena consciencia como única recompensa segura, y con la Historia como juez final de nuestros actos". Esto también vale por nosotros.

Compañeros, compañeras. No os he hablado demasiado de política propiamente dicho. No os he transmitido ninguna consigna ni ningún eslogan. No he pretendido en ningún momento excitar vuestro sentimiento, que sé que lo tenéis. No he buscado en ningún momento vuestro aplauso. Sólo he querido deciros que tengo confianza en vosotros y en nuestro pueblo. Pero que por esto hace falta que no se apague nunca el fuego que calienta nuestro corazón. El fuego de la memoria, el fuego del patriotismo, el fuego de la justicia, el fuego que nos hace abiertos hacia todos los hombres que viven en nuestra casa, el fuego de la conquista del mañana, el fuego del horizonte. El fuego del orgullo sano, del orgullo que deriva del compromiso y de la lealtad hacia la gente y hacia Catalunya.

Es esta la radicalidad de nuestro discurso. Es esta la radicalidad que nos ha hecho protagonistas durante tantos años del resurgir de nuestro país. Es esta la actitud firme y sin miedo y sin complejas que tenemos que tener. La fuerza serena que os decía. Y ningún momento mejor que hoy ni ningún lugar mejor que este para reafirmar nuestra voluntad de servicio por Catalunya, nuestro amor por Catalunya, nuestra ilusión, nuestro compromiso.